

COLEGAS

# En favor de la lectura

por **Conrado Zuluaga**

Comenzar una reflexión en este campo implica, en principio, adelantar una serie de precisiones que deben operar como telón de fondo para lo que viene a continuación. Toda mi ascendencia sobre este asunto del libro y la lectura, de los niños y la literatura, de los adolescentes y las bibliotecas, responde a una serie de circunstancias específicas. En primer lugar, a mi amor por los libros, a mi apego a ese objeto maravilloso producto de nuestra memoria y de nuestra imaginación, a pretender —como lo define Cervantes— ser un «desocupado lector», a creer —con Borges— que los libros constituyen «una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres». En segundo lugar, a mi trabajo con la literatura como maestro, a mi afán permanente por dar noticia de los buenos libros que el azar coloca entre mis manos, a mi vinculación de hace casi veinte años con las bibliotecas públicas, a encontrarme ahora —para maravilla mía— al frente de la Biblioteca Nacional.

Creo sinceramente, para empezar a entrar en materia, que no existe mejor promoción de la lectura que aquella que surge como resultado de la conjunción de tres acciones simples y sencillas que se pueden resumir así.

Primero, brindar la posibilidad real de acceso al libro. Es decir, establecer las condiciones materiales para que en una u otra forma, por intermedio de la biblioteca escolar o pública, el libro se encuentre siempre a nuestro alcance. Segundo, suministrar la información en torno a lo que poseen las bibliotecas y dar noticia de los buenos libros existentes en los depósitos bibliográficos. Finalmente, mediante el ejemplo de quienes leen y comentan sus lecturas: presentar libros, de la misma forma que lo hacemos con los amigos; recomendar libros, como lo hacemos con las películas. Participar a otros de las emociones que nos produjo determinada lectura. Creo que las campañas —con todo lo que tiene de horroroso esa expresión— a la manera tradicional, es decir, como esfuerzo por inculcar en los niños y jóvenes un hábito mediante la exaltación de la lectura como una virtud, como una cualidad de ciudadanos respetables, honestos y cultos, se han agotado por completo.

En una investigación realizada hace unos años por el CERLALC (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe), se apreció con toda claridad que la importancia de la lectura nadie la desconoce. Pero se comprobó, de igual

forma, que si bien persona alguna se atreve a ignorar o mimetizar su importancia, casi nadie la ejerce pues se transformó en una verdad general que todos acatan pero que son muy escasos quienes la practican. Ocurrió, a fin de cuentas, lo que sucede con tantas acciones cívicas, por ejemplo, enmarcadas dentro de consignas que se repiten sin ninguna dirección precisa hasta convertirse en una cosa hueca carente de sentido.

Por su parte, los modernos medios de comunicación han demostrado en repetidas ocasiones que, la puesta en escena, por ejemplo, de una novela, aumenta su venta; que un guión radiofónico o una grabación con la voz de un autor —además de constituir un magnífico testimonio de una entonación y una dicción que desaparecerán mañana— pueden generar un incremento en la demanda de una publicación. Existen, claro está, las necesarias excepciones: la mala adaptación, la condensación comercial, la libre versión cinematográfica en fin, a las que no pretendemos darles, en forma indiscriminada, un voto de aceptación. Pero vistas las cosas así, creo que el enfrentamiento con los medios de comunicación, tal como se ha pretendido presentar, no existe; que se trata de una deformación del ver-



la lectura es un acto individual, tan solitario y aislado como el de escribir. Y no deseo con esto establecer ningún tipo de parangón entre un oficio y otro, aunque tampoco puedo olvidar que son varios ya los escritores —así lo han manifestado— cuyo mayor orgullo lo constituye su biblioteca y no los libros surgidos de su pluma. En la mayoría de los casos en que pretendemos exaltar el valor de la lectura olvidamos este aspecto, y olvidamos, por consiguiente, las condiciones específicas que una actividad de semejante naturaleza reclama. Olvidamos que el lector, sin importar su condición o edad, crea un ambiente, un ámbito propio, en torno a sí mismo y al libro, semejante al que crea la pareja que se besa en el parque mientras allá, mucho más allá, la ciudad se debate en su trajinar incesante. Y al olvidar esta condición, falseamos nuestros esfuerzos al tratar de inculcar el hábito de la lectura. A ello obedece mi convicción expresada en un comienzo. A creer con toda firmeza que la promoción de la lectura no puede ir más allá de dar noticia de los buenos libros leídos por quienes poseemos el hábito, la costumbre o el vicio; a brindar la posibilidad real de tener un libro entre las manos y, naturalmente, al ejemplo.

Pero hay otros factores que inciden en la lectura. Uno de ellos es la educación, la formación que se imparte durante los primeros años. Está suficientemente demostrado que nuestro sistema de educación no enseña a leer. De la misma manera que el aprendizaje gira alrededor de elementos y conceptos divorciados de nuestra realidad. A esto se debe que nuestra enseñanza sea abstracta y carezca de los lazos y vínculos necesarios con esa realidad inmediata y permanente en que nos encontramos inmersos. Unos años más tarde, cuando el alumno entra de lleno en los que podríamos llamar su formación académica, no sabemos diferenciar, ni establecemos en el alumno tampoco esa diferencia-

dadero carácter del problema, pues éste no radica en la naturaleza misma del medio sino en el tipo de utilización que de él hacemos, en el contenido que le otorgamos a la programación. Es tan cierto lo anterior que el libro mismo —por un uso inadecuado— puede ser utilizado en su contrario, al menos, revertir en un efecto contraproducente.

Detengámonos ahora, un poco, en la acción de leer. En la cama o en la biblioteca de nuestra casa, en un cómodo sillón en la sala o en una hamaca en el corredor de una vieja casona, en una cafetería, en un parque, en un bus, aún cuando se llama a alguien —un ser querido, generalmente— y le hacemos escuchar un trozo del libro que tenemos entre las manos,

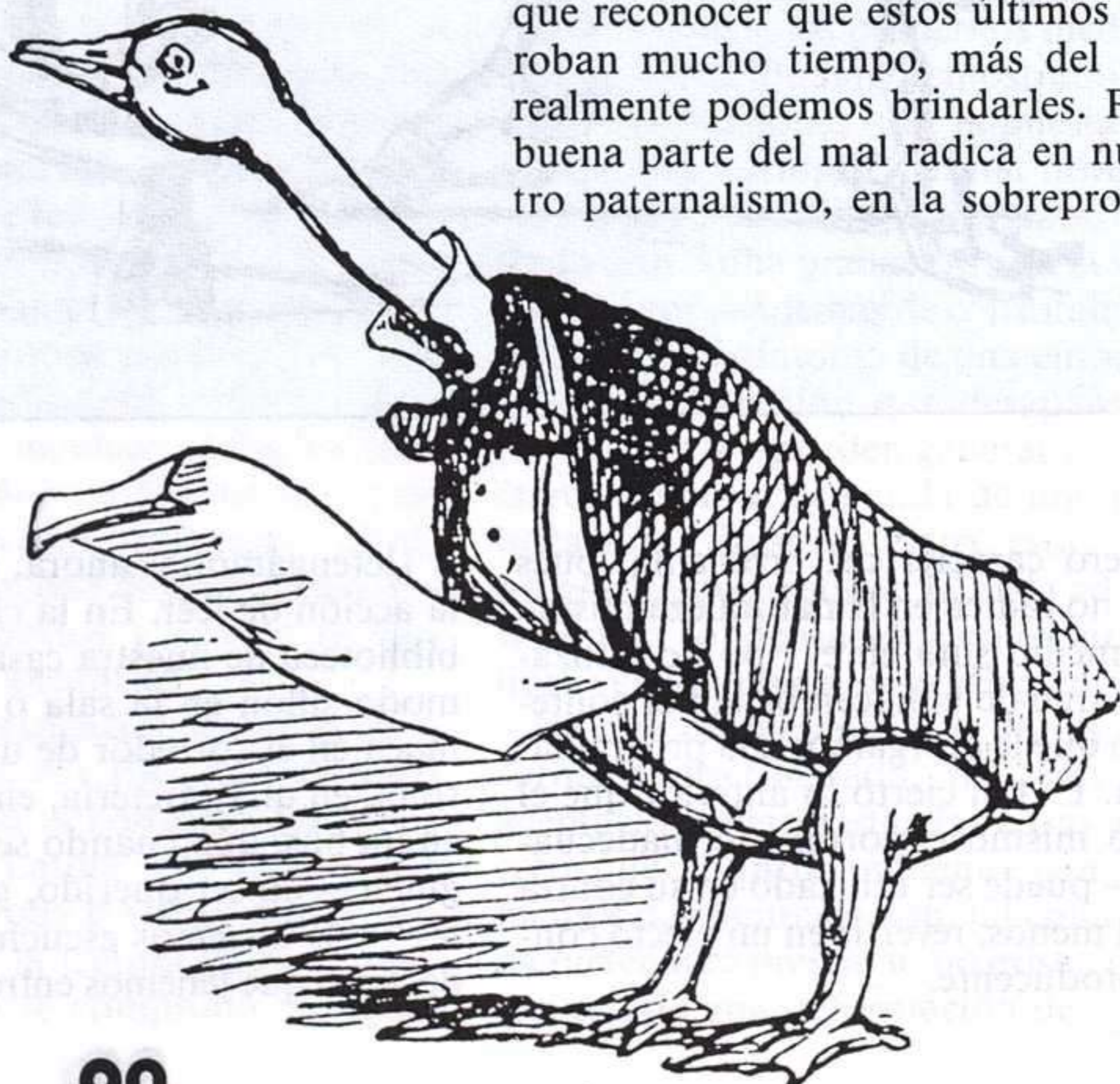
ción, entre la lectura formativa y la lectura recreativa. Y aquí llegamos a otro aspecto central de todo este asunto: la literatura. La literatura que es, ante todo y por encima de todo, entretenimiento. Que a través de la literatura podemos aprender mucho, obtener información, documentarnos y hasta aparentar, sí, es cierto, pero la literatura es primero que todo entretenimiento. De aquí se desprende una conclusión inmediata, tal vez temeraria, pero verdadera: libro que haya caído en nuestras manos con el ánimo de entretenernos y nos cueste trabajo leerlo, se nos dificulte su comprensión, nos aburra y fastidie, debemos dejarlo a un lado sin ningún remordimiento. Ya le llegará su debido momento, su tiempo y su hora. Es necesario hacer caso omiso de ese prurito irracional según el cual a determinada edad debemos haber leído tal cantidad de libros y determinados títulos. Arma mendaz que esgrimen ciertos círculos intelectuales para ejercer una especie de discriminación intelectual. Ese tipo de imposiciones sólo conducen, para decirlo gráficamente, a vacunar al lector potencial contra la lectura. La comprobación de todo lo anterior se palpa cotidianamente en las universidades. Allí, leer constituye una carga onerosa para cualquier estudiante, incluso de lo que corresponde a su disciplina; pero si, además, se trata de literatura, la carga no sólo es pesada, sino también, a sus ojos, completamente inútil.

Veamos otro de esos factores y retornemos a los niños y a los jóvenes. Las ediciones. Yo recuerdo, con sumo placer, una serie diversa de ediciones en las que el texto era respetado en su integridad gráfica y literaria. Es decir, no sufría ni la intromisión de la ilustración —éstas iban cuidadosamente colocadas en determinado lugar, cada cierto número de páginas, y al final y al comienzo del texto— ni la mano canija del censor, en ocasiones la del educador, que mutilaba el texto porque a su consideración, los

niños no podían leer determinado fragmento. En ese entonces uno compartía como lector las pesadillas y angustias de Cenicienta, las zozobras de Caperucita, los ardides y crueldades de Barba Azul, las expectativas de Alicia, los atrevimientos desvergonzados del Barón Münchhausen sin que, repito, interfiriera en su lectura el dibujo anodino estilo tira cómica que nefastamente impusiera la empresa Walt Disney, ni que el censor —pedagogo o educador— transformara el texto en parrafadas igualmente anodinas donde no pasa nada, ni hay trama ni intriga, ni desarrollo ni suspense. La literatura infantil de que se habla hoy en día transformó los textos literarios llenos de sabor y aventuras, esos textos capaces de inspirar y provocar en el lector la risa... y el miedo, en una cosa amorfa e insulsa que no entretiene a nadie, ni le brinda ninguna satisfacción, por la sencilla razón de que no conmueve. Y en este sentido me atrevo a afirmar que no existe literatura infantil, como no hay literatura juvenil, ni literatura adolescente, adulta o senil, hay literatura a secas, buena o mala, pero sólo literatura. Los

buenos libros de los que se apoderaron los niños, como *Barba Azul*, o *Pulgarcito*; o los jóvenes como *La isla del tesoro*, *Los tigres de Mompracén* o *La llamada de la selva*, conmueven a cualquiera de nosotros. Quiero decir, a cualquier buen lector, o sea a aquél que posee todavía imaginación, memoria y un cierto desarrollo del sentido estético. «La literatura no nació —afirma con una claridad envidiable Vladimir Nabokov— el día en que un chico llegó corriendo del valle neanderthal gritando el lobo, el lobo, con un enorme lobo gris pisándole los talones; la literatura nació el día en que un chico llegó gritando el lobo, el lobo, sin que le persiguiera ningún lobo. El que el pobre muchacho acabara siendo devorado por un animal de verdad por haber mentado tantas veces es un mero accidente. Entre el lobo de la espesura y el lobo de la historia increíble hay un centelleante término medio. Este término medio, ese prisma, es el arte de la literatura».

Buena parte, entonces, de la situación actual se debe a nosotros mismos, no a los niños o a los modernos medios de comunicación, aunque hay que reconocer que estos últimos nos roban mucho tiempo, más del que realmente podemos brindarles. Pero buena parte del mal radica en nuestro paternalismo, en la sobreprotec-



ción que ejercemos sobre los niños, cuando obligamos a nuestros hijos o a nuestros alumnos a leer un determinado libro y ni siquiera hemos sido capaces de establecer la diferencia entre la lectura formativa y sus necesidades, y la recreación y el placer de soñar, imaginar, compartir angustias y vicisitudes de seres inventados. No es tarea fácil conseguir que los niños y los jóvenes amen los libros por medio de los cuentos. Los niños en especial son un público difícil. Ellos no andan sino que corren, no hablan sino que gritan. Cualquier cosa les atrae y es olvidada unos minutos más tarde. Y piensan, claro está, pero la mayoría de las veces imaginan locas fantasías. Por eso es que la televisión está acaparando toda su atención, por eso es que debemos restituirle a la literatura esa condición de aventura desmedida que no debió perder nunca y olvidarnos de una vez por todas de esa insensata concepción de creer que la literatura se hizo para inculcar valores, virtudes y moralejas. Hace pocos años, en septiembre de 1984, se celebró en Sevilla un ciclo en torno a la literatura fantástica. Allí, Italo Calvino concluía su ponencia diciendo que el libro que más había ejercido sobre él una decisiva influencia, sobre su estilo y su propio mundo imaginario era *Pinocho*, un libro que según el desaparecido escritor «es el primer libro que he leído (es más, es el libro que yo ya conocía capítulo por capítulo antes de que supiera leer)». He aquí la clave de todo este asunto. Cualquier niño estará definitivamente salvado para la lectura si llega a conocer siquiera un libro antes de aprender a leer. Esa es la campaña que debemos adelantar.

Examinemos ahora, un poco detenidamente, el asunto de poner el libro al alcance del lector potencial. La inmensa mayoría de las bibliotecas públicas, con su régimen absurdo de no tener préstamos a domicilio, también son en buena parte responsables de esa actitud refractaria hacia la lectu-

# GALAXIA PC

CLUB DE INFORMÁTICA

## ¡VEN A TU CLUB DE INFORMÁTICA!

Alquiler de ordenadores PC color por horas, con asesoramiento de un monitor.

Gran cantidad de soft a tu disposición.

Impresoras color, láser, plotter, digitalizador, etc.

Próximos cursillos intensivos para maestros, de 20 h. Utilización pedagógica del ordenador en el aula.

Asesoramiento y consulting

Oferta limitada:

**Ordenador compatible PC**

**Sólo 155.000 ptas + IVA**

(Gestionamos la financiación)

**TODO ESTO Y MÁS,  
TE ESPERAMOS**

Horario: de 10 a 21 horas

Bailén, 119, bajos -08009- Barcelona. Tel. (93) 257 57 61

ras. Hasta hace muy poco tiempo las bibliotecas públicas eran sitios donde uno iba a leer libros y donde, además, nos prestaban los libros por una semana y pagábamos multas si no los devolvíamos oportunamente. Y teníamos un carnet de una biblioteca y eso nos hacía partícipes de su suerte y constituía preocupación nuestra su futuro. Recuerdo con especial complacencia el día que mi madre me llevó de su mano a la Biblioteca Pública de Medellín para obtener el carnet de lector. Ella era mi aval. Ahora las bibliotecas —hay honrosas excepciones, claro está— se han transformado en lugares inhóspitos, donde alguien ha asumido la desagradable tarea de ahuyentar a los niños con trámites y re-

quisitos, y los que logran cumplirlos reducen su uso de la biblioteca a copiar de las enciclopedias tareas de dudosa validez solicitadas por maestros que hace tiempo dejaron de leer. Bibliotecas que abren en el mismo horario de los colegios y cierran los fines de semana y cuando los muchachos se encuentran en vacaciones. Instituciones incapaces de suministrar, al menos, la información necesaria concerniente a uno solo de los problemas que aquejan a la comunidad. Organismos que confunden su

deber de conservar con el de esconder, cuando en verdad se trata de lo contrario; conservar es divulgar, difundir, hacer tuyo algo mío, es decir, nuestro.

Debemos recuperar para las bibliotecas su verdadera condición de depositarias de los grandes tesoros de la literatura donde, si bien es cierto que se puede y debe ir a consultar, brinden también la posibilidad de llevarnos un libro para casa, un libro que quizás devolveremos, las primeras ocasiones, a la semana siguiente sin abrir; pero que tuvimos la oportunidad ahí, latente, esperándonos y que un día —sin pensarlo— terminamos por abrir. Abrirlo en una noche de insomnio por miedo a la oscuridad; en una tarde solitaria por aburrimiento o, simplemente, en cualquier momento del día por elemental curiosidad. Que no ocurra jamás lo de cierta pedagoga colombiana, especialista —según Unesco y consultora de ese organismo internacional en promoción de la lectura— que sostiene de su propia invención un supuesto decálogo del libro y cuyo primer mandamiento reza así: «Nunca me abras por curiosidad».

Pero volvamos al asunto de la literatura. Días antes de recibir la distinción del Premio Nobel, García Márquez afirmaba en una columna periodística suya titulada «La poesía al alcance de los niños», que cuando él leyó que Josué derribó las murallas de Jericó con sus trompetas, él creía eso y lo único que lamentaba sinceramente era que nadie hubiera grabado la música capaz de provocar semejante estropicio. Esa es la actitud que debemos asumir cuando nos sumergimos en la literatura: las interpretaciones simbólicas, los consejos de las exégetas, los pretendidos sacerdotes que conocen los arcanos sentidos de un texto, las reducciones racionalistas, están de sobra. De igual forma, cuando leemos en *La historia interminable* que el gigante se comió su bicicleta de piedra porque sintió hambre, no





debe causarnos ninguna extrañeza, tan sólo sentir un poco de inquietud y hasta de piedad por la digestión del pobre y hambriento gigante. Esa es la única actitud que debemos inculcar en los niños frente a la lectura. Y sólo esa actitud, a nosotros los trascendentales y adustos, los serios y trágicos adultos, nos permitirá colocarnos del lado de las cosas que valen la pena.

Entre tanto, debemos propugnar porque las bibliotecas públicas presenten los libros que guardan celosamente, prepararnos para empezar a hablar de los libros que nos gustan, dar a conocer a los niños que aún no leen

un buen libro y persistir en ese vicio impune, como fue denominado en alguna ocasión, de la lectura. Ahora que he llegado al final, dos imágenes nítidas se instalan en mi memoria. La primera de ellas, mi madre lavándose las manos siempre antes de tomar un libro. La segunda, por tradición de sus recuerdos, mi abuelo leyéndole en voz alta a mi abuela, a la luz de un vela y después de cubrir las rendijas de luz para no delatar tan peligrosa actividad, los libros prohibidos de Víctor Hugo. ■

\* Artículo publicado en la revista colombiana «El libro infantil», n° 2, julio 1987.

## JUGUEMOS CON GUILLE



Cuentos de imágenes con adhesivos multiuso que permiten al niño intervenir en la elaboración de la historia.

- De 2 a 4 años.
- Guía didáctica incorporada.

**Guille y su familia**  
**La calle de Guille**  
**Guille en la playa**

## La granja de los artistas



Los animales de la granja de los artistas introducen al pequeño lector en el mundo de las diversas manifestaciones artísticas.

- De 3 a 7 años.
- Guía didáctica incorporada.

**Las gallinas pintoras**  
**La gata que desafinaba**

## LOS CASOS DE NEWTON BALAS



Mediante unos sencillos experimentos, que el lector puede realizar, Newton Balas resuelve los más insólitos casos.

- A partir de 9 años.

**El misterio de la «Serpiente de Isis»**  
**El robo de la antorcha olímpica**  
**Intriga en el Rally París-Dakar**

**TIMUN MAS**